

# MEDIOAMBIENTE



Palabras más repetidas durante el transcurso de la mesa "Medioambiente".

## **INTEGRANTES DE LA MESA**



Pablo Vidal



Marcela Bravo



Ignacio Idalsoaga



Ricardo Irarrázabal



Francisca Reyes



Claudio Seebach



Sebastián Vicuña



Sophie Berthet

Este capítulo es fruto de las reflexiones de una mesa de expertos católicos que se reunió durante el 2020 para dialogar sobre los desafíos actuales de Chile, a la luz del pensamiento social de la Iglesia.

*Un proyecto de:*



## Reflexiones de los integrantes de la mesa “Medioambiente”

Hace seis años, el Papa Francisco llamaba la atención sobre cómo la Casa Común, esa “madre bella que nos acoge entre sus brazos”<sup>1</sup>, “clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella”<sup>2</sup>. El esfuerzo de aquel documento apuntaba a subsanar esa irresponsabilidad, cuyas causas se visualizan en la acción humana: “Nunca hemos maltratado y lastimado nuestra Casa Común como en los últimos dos siglos”<sup>3</sup> y “la humanidad del período post-industrial quizá sea recordada como una de las más irresponsables de la historia”<sup>4</sup>. Somos importantes responsables de la crisis ecológica que estamos viviendo debido a una intervención de la naturaleza que no tiene parangón.

Al referirse a la ecología, nuestra Iglesia siempre habla de dos realidades interconectadas —la naturaleza y la cultura—, cuyas crisis deben abordarse de manera conjunta puesto que “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental”<sup>5</sup>. De esta forma, la degradación ambiental debe abordarse desde una perspectiva múltiple y compleja, que no olvide su relación con la degradación humana y social.

Al mismo tiempo, en cada planteamiento ecológico existen nociones de justicia integradas puesto que la degradación de la Casa Común afecta principalmente a los más pobres y necesitados. De esta forma, la protección y el cuidado de la Casa Común es, al mismo tiempo, la protección y el cuidado de la persona humana y su dignidad, teniendo el principio de la primacía de la persona humana como fundamento para una preocupación medioambiental decidida y éticamente ineludible. El integrar la noción ecológica en nuestra comprensión de justicia, nos lleva a constatar que todo está relacionado y que, por ende, cuestiones como la solidaridad, especialmente en su vertiente intergeneracional, se encuentran implicadas en nuestro modo de habitar la Casa Común.

En la Cumbre sobre la Acción Climática de la ONU en 2019, el Papa Francisco manifestó que el Cambio Climático es uno de nuestros principales desafíos como humanidad y debemos enfrentarlo con “honestidad, responsabilidad y valentía”<sup>6</sup>: *honestidad* para reconocer que no hemos trabajado lo suficiente, asumiendo que las metas y las acciones emprendidas hasta ahora han sido insuficientes y preguntándonos “seriamente si existe la voluntad política [...] para mitigar los efectos negativos del cambio climático, así como para ayudar a las poblaciones más pobres y vulnerables que

1 Francisco, *Laudato si'*, n. 1.

2 *Ibid.*, n. 2.

3 *Ibid.*, n. 53.

4 *Ibid.*, n. 165.

5 *Ibid.*, n. 139.

6 Francisco, *Mensaje del Santo Padre a los participantes de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático* (4 de diciembre de 2019).

son las más afectadas”<sup>7</sup>; *responsabilidad* para responder ahora, cuando todavía estamos a tiempo de hacer un cambio, y así ser recordados como la sociedad que fue capaz de hacerse cargo con generosidad de sus responsabilidades<sup>8</sup>; y *valentía* para atrevernos “a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, [reconociendo] el valor propio de cada criatura”<sup>9</sup>. Con nuestro empeño podremos instalar la técnica “al servicio de otro tipo de progreso más sano, más humano, más social, más integral”<sup>10</sup> y así cultivar un desarrollo sustentable pensando más allá de nosotros mismos, pues “no debemos cargar a las próximas generaciones con los problemas causados por las anteriores”<sup>11</sup>.

De ese modo, el Cambio Climático se ha transformado en “un problema global con graves dimensiones ambientales, sociales, económicas, distributivas y políticas, y plantea uno de los principales desafíos actuales para la humanidad”<sup>12</sup>, que solo es posible responder de manera conjunta. Por ello “necesitamos fortalecer la conciencia de que somos una sola familia humana. No hay fronteras ni barreras políticas o sociales que nos permitan aislarnos, y por eso mismo tampoco hay espacio para la global-

lización de la indiferencia”<sup>13</sup>. Los países, las empresas, las comunidades y las personas deben actuar en conjunto para buscar soluciones a los problemas globales. Como nos recuerda el Papa Francisco en su última Carta Encíclica, “cuidar el mundo que nos rodea y contiene es cuidarnos a nosotros mismos. Pero necesitamos constituirnos en un ‘nosotros’ que habita la Casa Común”<sup>14</sup>.

Por todo esto, el cuidado del medioambiente constituye un elemento que no es ajeno a la experiencia cristiana y tiene una dimensión ética que no es posible continuar eludiendo. Debemos ser conscientes de que “todo está relacionado [y que] el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás”<sup>15</sup>. Es imposible relacionarnos con la naturaleza sin tener impactos en ella y en los demás.

7 *Ibíd.*

8 Cf. Francisco, *Laudato si'*, n. 165.

9 *Ibíd.*, n. 16.

10 *Ibíd.*, n. 112.

11 Francisco, *Mensaje sobre el Cambio Climático*.

12 Francisco, *Laudato si'*, n. 25.

13 *Ibíd.*, n. 52.

14 Francisco, *Fratelli tutti*, n. 17.

15 Francisco, *Laudato si'*, n. 70.

## NUESTRA RELACIÓN CON LA NATURALEZA Y SUS RECURSOS

La naturaleza nos regala ciertos elementos que son parte de nuestra Casa Común —como son los ecosistemas de la biodiversidad, del agua, del aire y del suelo—, de los cuales derivan múltiples beneficios sociales llamados *servicios ecosistémicos*. De ellos, la producción de agua limpia es de los más importantes al considerarse un “derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la sobrevivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos”<sup>16</sup>.

Si bien Chile se encuentra bastante desarrollado en términos de acceso al agua potable en zonas urbanas, es en las zonas rurales donde existen mayores problemas de disponibilidad. Aun cuando la sequía ha sido un factor importante, la escasez de agua se relaciona sobre todo con la creciente demanda de recursos hídricos y a los hábitos de consumo de la población. Ciertamente es difícil tener conciencia de la disponibilidad de los recursos naturales si en general no tenemos noción de los procesos por los que tienen que pasar estos recursos para llegar a cada hogar. Abrir la llave del agua se ha vuelto una acción tan cotidiana que cuesta darse cuenta de la escasez hídrica en otras regiones del país y del mundo.

Esta falta de conciencia hace que no nos preocupemos de las implicancias de nuestro nivel de consumo —más allá del gasto económico— sin darnos cuenta que poner en riesgo el acceso a agua limpia supone

un atentado contra la vida y la dignidad de millones de personas. Como dice el Papa Francisco, “esto muestra que el problema del agua es en parte una cuestión educativa y cultural, porque no hay conciencia de la gravedad de estas conductas en un contexto de gran inequidad”<sup>17</sup>.

La disponibilidad de agua potable es uno de los tantos ejemplos de *servicios ecosistémicos* que se han visto afectados por las *externalidades* negativas de nuestras decisiones de consumo, producción e inversión. Basta preguntarnos lo que hacemos luego de la utilización de los recursos. Existe una gran cantidad de alimentos que terminan en el basurero, múltiples productos de un solo uso o con obsolescencia programada, y ecosistemas completos contaminados por la acción del ser humano. Todo ello está asociado a la imperante *cultura del descarte*, la que “afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura”<sup>18</sup>.

¿Por qué, súbitamente, el ser humano busca la felicidad fuera de él y no en su interior ni en su conexión con Dios? El sobreconsumo es uno de los factores que genera la necesidad de descarte: como no requerimos todo lo que extraemos, descartamos. En nuestra cultura —donde vivimos presionados por el éxito y validándonos por lo que tenemos más que por lo que somos—, se nos incentiva el trabajar más para tener

---

16 *Ibid.*, n. 30.

17 *Ibid.*, n. 30.

18 *Ibid.*, n. 22.

más, lo que no implica el tiempo para disfrutarlo. Ese concepto de tener más, convierte todo en desecharable: el mejor producto significa la mayor parte de las veces obtener el producto más nuevo, dejando los productos antiguos desecharados en el camino. Todo cambia y todo es producido para quedar caduco y obsoleto. Cuando una organización promueve este tipo de producción, y por lo tanto daña el medio ambiente, debemos llamarlo por su nombre: injusticia y crimen.

Con este contexto queda claro que la originalmente armoniosa relación entre el ser humano y la naturaleza se ha transformado en un conflicto creciente<sup>19</sup>. Este puede comprenderse desde un quiebre en las tres relaciones vitales del ser humano: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Este quiebre también ha hecho que se desnaturalice el mandato de dominar la tierra (*cf. Gn 1, 28*), sin comprender que aquel mandato implica “labrarla y cultivarla” (*Gn 1, 15*).

Sin duda hemos fallado al mandato de cuidar nuestra Casa Común, provocando graves desastres medioambientales, pero la esperanza no debe declinar: esperaremos “que la humanidad de comienzos del siglo XXI pueda ser recordada por haber asumido con generosidad sus graves responsabilidades”<sup>20</sup>.

---

19 *Cf. Ibid.*, nn. 66-67.

20 *Ibid.*, n. 165.

## DESAFÍOS

### 1 RECONECTARNOS CON LA NATURALEZA PARA RECONOCER QUE ESTÁ BAJO NUESTRO CUIDADO

Para proteger nuestra Casa Común debemos comprender que la naturaleza no está a nuestro servicio, sino bajo nuestro cuidado. Sin embargo, no podemos cuidar o querer lo que no conocemos. Estamos tan desapegados de la Creación que la damos por hecho sin detenernos a contemplar su belleza, admirar su valor ni cuidarla a conciencia. Por eso debemos preguntarnos cómo volver a conectarnos con lo esencial y para hacerlo “la sabiduría de los pueblos originarios puede ser un gran aporte. De ellos podemos aprender que no hay verdadero desarrollo en un pueblo que dé la espalda a la tierra y a todo y a todos los que la rodean”<sup>21</sup>.

Con *Laudato si'* nuestra Iglesia enmarca su enseñanza en una Teología de la Creación que comprende la naturaleza como don y no como objeto disponible a nuestro antojo. La naturaleza es un regalo dado por Dios para el sustento de la vida humana<sup>22</sup>, digna de admiración y cuidado. El último capítulo de la Carta Encíclica habla de entender la Creación en cuanto a su belleza. Ese es el gran servicio ecosistémico de los elementos naturales, en cuanto la Creación nos permite conectarnos con el Creador a través de la belleza de lo creado.

21 Francisco con las autoridades, la sociedad civil y el cuerpo diplomático de Chile.

22 Juan Pablo II, *Centesimus annus*, n. 31.

En ese sentido, impresiona la similitud que existe entre el encuentro con Cristo y con la naturaleza: es personal, no hay recetas y, una vez que se encuentra, la vida se transforma y no puede volver a ser la misma. Una vez que se entiende el valor de un árbol de bosque nativo, por ejemplo, ya no dan ganas de cortarlo, y de hecho se comienza a proteger y cuidar. Una sana relación con la naturaleza nos hace entender mejor el rol que tenemos en el planeta y nos impulsa a comprometernos con la protección de cada una de las complejas redes simbióticas que la caracterizan, de las cuales somos parte importante. De ese modo podremos sanar las heridas producidas por el quiebre de nuestras relaciones vitales.



Para ello el Papa Francisco nos invita a una *conversión ecológica*, donde podemos redefinir nuestro estilo de vida para construir una relación fructífera y fraternal con la naturaleza:

El cuidado de la naturaleza es parte de un estilo de vida que implica capacidad de convivencia y de comunión. Jesús nos recordó que tenemos a Dios como nuestro Padre común y que eso nos hace hermanos. El amor fraterno sólo puede ser gratuito, nunca puede ser un pago por lo que otro realice ni un anticipo por lo que esperamos que haga. Por eso es posible amar a los enemigos. Esta misma gratuidad nos lleva a amar y aceptar el viento, el sol o las nubes, aunque no se sometan a nuestro control. Por eso podemos hablar de una fraternidad universal”<sup>23</sup>.

---

23 Francisco, *Laudato si'*, n. 228.

Suponemos que nadie quiere cortar árboles de bosques nativos por gusto, sino porque hay una familia que alimentar y educar. Es decir, hay una agenda social paralela que pone en riesgo el bien de la naturaleza en favor del desarrollo humano. Por esto mismo no basta con la sola preservación si no se pone atención también a las problemáticas sociales que provocan la necesidad de una intervención. En la clave ecológica de que “todo está conectado”<sup>24</sup> es necesario entender que resolver las problemáticas sociales también es una forma de cuidar nuestro planeta y nuestra naturaleza.

---

24 Ibid., n. 91.

## **2 PROMOVER LA SOLIDARIDAD INTRA E INTERGENÉRACIONAL PARA SUPERAR LAS INEQUIDADES MEDIOAMBIENTALES**

Además de responsabilidad individual, nuestra Casa Común necesita de un alto grado de generosidad. Requiere ante todo combatir el individualismo que nos hace incapaces de mirar a los pobres del presente y del futuro, que sufren y sufrirán por nuestras irresponsabilidades. Llama la atención la inequidad de la distribución de los recursos naturales y de las externalidades negativas de nuestro consumo, en cuanto afectan a los más desprotegidos y vulnerables de la sociedad.

Respecto a la distribución de los recursos, desgraciadamente hay una gran tensión entre los objetivos buscados y los medios disponibles para alcanzarlos. En el caso del agua potable, por ejemplo, la meta de accesibilidad universal y de calidad del agua tratada se ven obstaculizada por la discusión de los medios económicos necesarios y los mermados recursos existentes en algunas localidades. Si bien escuchamos declaraciones como ‘Chile es el país que más respeta los derechos humanos del agua’, cono-

cemos personas y comunidades que no tienen acceso a agua potable y tienen que trasladarse o esperar a camiones aljibe. El objetivo de proveer agua limpia de calidad se cumple, pero eso no garantiza que todo ser humano que habite Chile tenga acceso a esta agua, lo que es sumamente grave.



Probablemente eso es lo que trata de tensionar el Papa Francisco: nunca es suficiente porque nuestro esfuerzo como cristianos tiene que ser llegar hasta la última oveja y por lo tanto “no es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede a un ‘costado de la vida’. Esto nos debe indignar, hasta hacer-nos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad”<sup>25</sup>. Bajo ese llamado es necesario que aprendamos el valor de cuidar y compartir los recursos naturales, dejando de lado el pensamiento

individualista para actuar con un fuerte sentido de comunidad y solidaridad intergeneracional, preocupándonos de que los recursos se distribuyan equitativamente a lo largo del territorio y del tiempo, sin agotarlos en el intento.

Una manera de llevar este desafío adelante es implementar un modelo de restricción de algunos recursos como el agua, siguiendo el ejemplo de Australia o California donde hay un sistema impuesto por el Estado en el que se corta el agua a los hogares durante ciertas horas del día, sin pasar a llevar las libertades personales porque se busca el bien común como objetivo principal.

Respecto del manejo de los desechos, debemos ser conscientes de la contaminación asociada a procesos tan cotidianos como el tratamiento de aguas servidas, la combustión interna de los automóviles o la administración de la basura de nuestros hogares, cuyos desperdicios provocan un gran impacto en zonas y comunidades específicas. Si bien en el corto plazo sufren los más vulnerables, en el largo plazo sí se reparten equitativamente los desechos y terminaremos sufriendo todos.

Un modelo para hacer frente a este desafío es el de la economista británica Kate Raworth, quien habla de la economía *del donut*<sup>26</sup>. Este modelo

---

25 Francisco, *Fratelli tutti*, n. 68.

26 Cf. Kate Raworth, *Doughnut economics: seven ways to think like a 21st-century economist* (Vermont: Chelsea Green Publishing, 2017).

económico consiste en satisfacer las necesidades de todas las personas desde la comprensión del equilibrio que se encuentra entre el mínimo requerido para la producción y el máximo de los recursos disponibles. Invitando a la generosidad generativa, el modelo promueve el diseño de una *economía circular*, en cuanto es posible diseñar ciclos de producción que dialoguen con los ciclos naturales, cerrando los circuitos de desechos al regenerar el valor de los desperdicios y reparar el impacto ambiental asociado a la producción.

Implementar modelos como estos nos permitirán ir generosamente en ayuda de todas las personas sin impactar negativamente al medioambiente. Cuidar a cada persona cuidando también de los recursos debe ser nuestra forma de hacernos responsables de nuestra Casa Común.

### 3

## REDEFINIR NUESTROS ESTILOS DE VIDA FAMILIAR COMO PARTE DEL CAMBIO CULTURAL HACIA UN MODELO SOSTENIBLE

Mantener nuestros estilos de vida actuales resulta insostenible en tanto “a las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desiertos y suciedad”<sup>27</sup>. Por eso el llamado es a apostar por un estilo de vida que deje de lado el estilo consumista que “solo podrá provocar violencia y destrucción recíproca”<sup>28</sup>. No se trata de demonizar el consumo, porque hay quienes subsisten vendiendo productos o servicios, generando un bienestar social para muchos. Esto lo demuestra el Movimiento B al consolidar una visión donde la empresa y los negocios gene-

ran impactos positivos a la sociedad y al medioambiente. Se trata más bien de atreverse al cambio cultural hacia la sostenibilidad.

Este cambio cultural debe comenzar desde el hogar. Es necesario aprender con nuestras familias la importancia de cuidar nuestro planeta, haciendo más patente el concepto de Casa Común. Para favorecer la sostenibilidad y la fraternidad, es necesario el consumo consciente, es decir, sin desperdicios. Esto implica replantearnos profundamente sobre cómo consumimos y a quién le compramos, para discernir en conciencia cómo disminuir nuestro impacto en el medioambiente. También hay acciones clave que podemos llevar

---

27 Francisco, *Laudato si'*, n. 161.

28 *Ibid.*, n. 204.

a cabo diariamente, como reducir el consumo de alimentos envasados, de productos de segunda necesidad, de agua o de electricidad. Estos son algunos pasos, pero no pueden ser los únicos. Debemos desafiarnos más y hacernos preguntas incómodas que hemos evitado por demasiado tiempo.

Un gran desafío personal y familiar es esforzarnos por un estilo de vida sobrio,

es decir, vivir con lo estrictamente necesario para aprovechar mejor el tiempo con las personas que queremos, porque sabemos que la felicidad no está en lo material. El desafío de ser cristiano es enseñar con el ejemplo, y si bien no es fácil, hay que seguir el mensaje original de Cristo: amarnos entre nosotros y a la Casa Común que nos alberga. Solo el amor puede constituir el límite de lo que hagamos.

## SUSTENTABILIDAD EMPRESARIAL

A muchas empresas el tema del cuidado de nuestra Casa Común les es muy ajeno. Aquellas que están más relacionadas con los recursos naturales han ido tomando conciencia y generando áreas de trabajo. Al medir su impacto medioambiental, cuentan con especialistas, tienen una matriz de riesgo y un plan asociado, e incluso van desarrollando impactos positivos. No obstante, hay una gran mayoría —principalmente pequeñas y medianas empresas— que no están conscientes de su impacto, lo que evidencia una gran falta de información entre ellas. Están siempre cumpliendo la norma para evitar multas, pero sin comprender la relevancia de la misma. Muchas no se lo han planteado siquiera y creen que no impactan.

Las empresas deben sentirse parte de este desafío pues es imposible impedir los efectos catastróficos del Cambio Climático si ellas no están comprometidas. No hacer nada o hacer lo justo no será suficiente. Jeannette von Wolffersdorff<sup>29</sup> ha planteado que el problema de muchas empresas es que creen que la comodidad es beneficiosa y por eso no se transforman. Por ello protegen aquellas acciones que les son beneficiosas en el corto plazo, y no se arriesgan en miras del largo plazo.

En sus planteamientos para poder llegar a los desafíos de 2030, el *World Business Council* desafía a las empresas a realizar transformaciones sistémicas importantes

en sus lógicas de funcionamiento. Invita a ser proactivas en cuestionar qué es bueno en el corto plazo para cambiar lo que impacta negativamente en el medioambiente. De esa manera pueden incluso ayudar a que haya una mejor legislación al respecto, en vez de hacer todo lo posible para evitar los cambios, necesarios para la sustentabilidad de la propia empresa.

Ciertamente, las transformaciones hacia un funcionamiento más sustentable son incómodas al principio, y por ello se evitan entre las empresas que solo buscan rédito económico rápido y fácil, sin atender al impacto de sus decisiones. El Papa Francisco es especialmente duro con estas empresas en cuanto “el costo de los daños que se ocasionan por el descuido egoista es muchísimo más alto que el beneficio económico que se pueda obtener”<sup>30</sup>.

---

29 Ingeniera comercial alemana, directora ejecutiva de la fundación Observatorio Fiscal y primera mujer en ser parte del directorio de la Bolsa de Comercio de Santiago.

---

30 Francisco, *Laudato si'*, n. 36.

## DESAFIOS

### 4 FORTALECER LA REGULACIÓN ESTATAL SOBRE LA RESPONSABILIDAD AMBIENTAL DE LA EMPRESA

Cuando los individuos, los hogares y las empresas (públicas y privadas) toman decisiones de consumo, producción e inversión, afectan a terceros que no participan directamente en esas transacciones. A veces, esos efectos indirectos son minúsculos, pero cuando son grandes, pueden resultar problemáticos. Cuando una empresa falla es porque ha fallado la capacidad regulatoria del Estado y de la sociedad de estar exigiendo y acompañando. Esa es una de las principales razones que llevan al Estado a intervenir en la Economía.

El rol de una empresa no es tener la menor cantidad de costos posible, sino entender cómo internalizar estos costos. El Estado debería resguardar un marco regulatorio para maximizar el rédito personal o colectivo, para todos sin exclusión y sin afectar nuestra Casa Común. En otras palabras, el principio de subsidiariedad debería obligar al Estado a crear las condiciones sociales que permitan a las empresas cumplir lo que naturalmente les corresponde, en completa armonía con sus entornos, al otorgarles un marco regulatorio que ordene la gestión ambiental sin un impacto social.

Una manera concreta de llevar esto adelante es a través de la creación de *empresas sociales*, que plantean un cambio de paradigma. Mientras el objetivo clásico de la empresa es generar utilidades para sus dueños o accionistas, la figura de *empresa social* plantea que, además de generar beneficios para sí, también puede hacerlo para otros grupos de interés como comunidades o fundaciones. Ejemplo de este modelo son las empresas B o las que se basan en la economía del bien común. El problema es que en Chile no existe la figura de empresa social y por lo tanto no está regulada. Por lo tanto, el Estado debería ofrecer incentivos y crear un marco regulatorio para impulsar la fundación de este tipo de organizaciones con un fin social.



## 5 EDUCAR A LAS PERSONAS EN EL PROPÓSITO DE LA EMPRESA

Debemos comprender que ninguna modificación en las organizaciones o en las regulaciones hacia las mismas, dará fruto si no cambiamos nuestra actitud frente a la Casa Común. Por ello es preciso comprender la prosperidad y el crecimiento de las sociedades no por el consumo, sino por el propósito. El propósito debe ser un elemento clave para activar el rol social, salir de la comodidad del *statu quo* y atreverse a tomar definiciones de mayor

propósito que enmarcan, es decir, para qué existe esa empresa. Esto se traduce en políticas, en formas de actuar y en tomas de decisiones que deben permear en cada una de las personas que conforman la empresa, para que se sientan desafiadas a alcanzar los objetivos buscados.

Desde ahí parece obvio que es la empresa la que debe preocuparse de todos sus grupos de interés, teniendo en cuenta cuánto es el valor generado en todos. Cuando una empresa entiende su rol, su impacto positivo en la sociedad, lo lógico sería que lo transmitiera a todos sus proveedores sin reducir la relación a una mera exigencia, sino una enseñanza para compartir las buenas prácticas, capacitar, formar y sumarlos a esta manera de hacer empresa. En esa línea, las empresas deberían educar y formar a sus trabajadores en estas materias para alinearlos al propósito de la empresa siguiendo un comportamiento acorde con el cuidado de la Casa Común.



bienestar. A esto se refiere el concepto de *el paraguas*: Las empresas que están en un nivel superior están hablando del

## 6 POTENCIAR LA RELACION Y EL DIÁLOGO DE LA EMPRESA CON SUS STAKEHOLDERS

En *Laudato si'* el Papa Francisco comienza apelando a las personas y la parábola de los talentos: mientras más capacidades nos dan, más nos van a pedir (*Mt 25, 14-30*). Hay personas cuya área de influencia e impacto se restringe a sus hogares, pero hay otras que tienen un rol de poder en empresas o comunidades, lo que les da mayor responsabilidad de responder fielmente a Dios. Cuando comprendemos esto, entonces la actitud cambia, pues cada uno asume su propia responsabilidad respecto del impacto que la organización genera. Las empresas están formadas por las personas y son sus decisiones las que les dan vida.

Por ello, Raworth<sup>32</sup> promueve en las empresas la distribución equitativa del valor creado entre los actores que lo co-crearon, promoviendo lo comunitario por sobre lo individual. En esa línea, una acción concreta para potenciar la sustentabilidad empresarial es incorporar el diálogo permanente y transparente con sus *stakeholders* en todos los proyectos que embarquen. De ese modo podrán incor-

porar sus miradas y asegurar una armónica codependencia.



Al mismo tiempo, es fundamental comprender la relación de la empresa con el territorio, donde resulta clave la participación de sus habitantes en la gobernanza de la misma. De ese modo, por ejemplo, las decisiones globales tomadas por empresas multinacionales —que muchas veces pueden transgredir los Derechos Humanos de las poblaciones locales— deben incorporar las necesidades y oportunidades locales en materia ambiental, resguardando orgánicamente un desarrollo empresarial homogéneo y respetuoso en todas las partes del mundo donde operen y sin superponerse a los desafíos y necesidades locales.

31 Grupo de interés para una empresa que permite su completo funcionamiento.

32 Cf. Sustainable Brands Buenos Aires, "Kate Raworth, Doughnut Economics | Una economía diseñada para prosperar", video de Youtube, 12:29, publicado el 26 de noviembre de 2019, [https://www.youtube.com/watch?v=CBaRe-0Q5ml8&ab\\_channel=SustainableBrandsBuenosAires](https://www.youtube.com/watch?v=CBaRe-0Q5ml8&ab_channel=SustainableBrandsBuenosAires).

## ROL PÚBLICO DE LAS UNIVERSIDADES

La universidad es un espacio privilegiado para la toma de acciones a favor de la Casa Común. Es ella el lugar donde se difunde el conocimiento y la cultura, el hogar propio de la ciencia y la investigación, y “un laboratorio para el futuro del país”<sup>33</sup>, como la llamó el Papa Francisco en su visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile. El rol fundamental de sus académicos es ser proveedores y creadores de conocimiento y de transmitirlo más allá de los estudiantes. De esa manera, la universidad funciona cada vez más como espacio articulador de procesos, en cuanto se ve más a menudo la composición de comités y consejos asesores que asumen un rol activo en su vínculo con la sociedad.

Por su interdisciplinariiedad, la universidad es un espacio propicio para pensar la temática medioambiental desde su complejidad, integrando los saberes de las ciencias de la naturaleza, de las ciencias políticas, y de las ciencias sociales. Así lo afirma el Papa Francisco:

es imperioso también un diálogo entre las ciencias mismas, porque cada una suele encerrarse en los límites de su propio lenguaje, y la especialización tiende a convertirse en aislamiento y en absolutización del propio saber. Esto impide afrontar adecuadamente los problemas del medio ambiente<sup>34</sup>.

33 Francisco, *Discurso en la Pontificia Universidad Católica de Chile*.

34 Francisco, *Fratelli tutti*, n. 201.

## DESAFIOS

### 7 INCORPORAR LA SOSTENIBILIDAD EN TODAS LAS DISCIPLINAS

El desafío de la sostenibilidad es multi-dimensional y multidisciplinario, por lo tanto es clave que toda disciplina pueda contribuir desde su enfoque particular y original para ofrecer soluciones y respuestas frente a tales desafíos. Por lo mismo, las organizaciones académicas deberían incluir de manera transversal estas materias en sus mallas curriculares y sus focos de investigación.

Esta conversión ecológica de las universidades no debe interpretarse desde

una lógica pragmática en cuanto educar meramente en *economía circular* o en la resolución de problemáticas socioambientales. La formación de la sostenibilidad debe comenzar desde la apertura a la belleza de la Creación, que permita a los estudiantes conocer, querer y cuidar nuestra Casa Común. Así, disciplinas como el arte y la literatura cobran alta relevancia a la hora de buscar un Cambio Cultural profundo.

### 8 PROMOVER LA PRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN DE CONOCIMIENTO QUE ORIENTE LAS DECISIONES POLÍTICAS EN RELACIÓN CON LAS GRANDES PROBLEMÁTICAS SOCIALES, AMBIENTALES Y ECONÓMICAS DEL PLANETA

La universidad juega un rol central en la influencia gravitante que tienen la ciencia y la evidencia en el debate público. Por eso uno de los grandes desafíos de toda

universidad debería ser proveer suficientes alternativas a los sectores público y privado para que tomen buenas decisiones dirigidas al cuidado de nuestra Casa Común.

En un mundo donde abundan las opiniones y ‘todos son expertos en todo’, es clave contar con datos y documentación científica demostrable que permita juzgar la realidad con altura de miras, para discernir de manera informada. Este esfuerzo no tiene que ver con divulgación científica ni vinculación con el medio, sino con la labor más primaria de una universidad, que es la producción de co-



nocimiento. El desafío está en que debemos asegurarnos de que el conocimiento se difunda.

De hecho, la COP25 relevó el trabajo de los científicos en la universidad que desarrollan documentación demostrable como insumo para la toma de decisiones, y el Ministerio de Ciencia y Tecnología está promoviendo la conformación de consejos asesores y comités dentro de las universidades. Aún así, falta mucho por avanzar.

Como todo rol político del conocimiento, las universidades deben preguntarse constantemente si están en el tono ade-

cuado cuando entran en el debate público. Un ejemplo del que pueden aprender es el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC), el cual no dice lo que hay que hacer, sino que ofrece los caminos posibles y advierte sus consecuencias. Es decir, orienta sin dictaminar qué decisión tomar.

De ese modo, la academia puede ser un espacio con una gran oportunidad de educar a la sociedad sobre la manera de enfrentarnos a las problemáticas sociales, ambientales y económicas, para trabajar en conjunto por el presente y el futuro de nuestra Casa Común.



*Un proyecto de:*

